

LA SEMANA CÓMICA.

DIRECTORES

LITERARIO.
J. F. de la Reguera.

ARTISTICO.
Ramon Escaler.



NUESTRAS TIPLES, por Escaler.

IRENE ALBA



Tiene intuición, sentimiento,
voz hermosa, genio afable,
y una gracia comparable
solamente á su talento.



LA SEMANA

Conste que en el asunto de las bombas no soy yo de los excépticos, de los maliciosos ni de los incrédulos.

Creo en todo lo que nos manda creer nuestra santa Madre la Iglesia y cualquier celador de barrio.

Para mí es indudable que tenemos una policía de primer orden.... público; que al cuerpo de Seguridad hay que decirle: «¡olé ya, cuerpo bueno!» y que el servicio últimamente prestado en Madrid es uno de nuestros primeros servicios.

Sino que la humanidad es ingrata, y paga como el diablo á quien bien le sirve.

Ya le llegará su centenario al marqués de Bugaraya, y entonces se verá que el descubrimiento de las bombas ha sido mucho más útil que el descubrimiento de América, aunque no haya llevado tanto ruido.

Todo pura modestia, porque lo que es ruido podría haberlo causado de verdad.

Como que las bombas dicen que son del sistema Orsini ó del sistema Plasencia; si bien yo creo que deben de ser del sistema parlamentario, por el lugar en que fueron habidas.

—Mire usted—decía un caballero—que si llegan á estallar las bombas dentro del Congreso....

—No sea usted cándido. El mejor día va usted á creer que vuelan los burros.

—No digo tanto, pero podrían haber volado cinco ó seis diputados de la mayoría.

La hidra del anarquismo ya no es hidra ni es nada.

Con la captura de Ravachol, de Debats y de Ferreira, ya está presa la anarquísima Trinidad. Falta Felipe Muñoz, es cierto.

Pero ya verán ustedes como al fin parece, si no ha parecido ya cuando lean ustedes estas líneas.

Porque dícese que con ese sugeto le sucede á la policía lo que le pasaba á aquel caballero olvidadizo.

Que buscaba los guantes llevándolos puestos.

De poco sirve que esos maliciosos periodistas pretendan quitar al hecho toda su importancia.

Allí están los leones del Congreso que eternizarán de hoy en adelante el triunfo conseguido.

Sujetando bajo sus garras las esferas de bronce, ¿no representan á los bravos leones policíacos echando la zarpa á las mortíferas bombas de los terroristas?

Examinen Vdes. despacio todos los detalles de la famosa campaña anti-anarquista, y si no se enternecen con sus detalles y sus trágicos episodios, yo les juro á Vdes. que

ó no tienen corazón

ó será de bronce ó peña.

Aquella navaja que por poco arranca la vida al coronel de Seguridad, ¿no es una navaja sobrenatural y diabólica?

Aquella magnífica sorpresa del Círculo Obrero ¿no demuestra que la policía se fué derechamente á la cabeza (calle de)?

Y aquellas barbas postizas, y aquel almuerzo en la calle del León ¿no nos dan la clave de ese complot vastísimo, mezclado con pelos y migas de pan?

Si el plan no fracasa, á estas horas hubieran volado la Capilla Real, el Senado, el Banco de España y otra porción de instituciones de cal y canto.

Ahora el único que ha volado es Felipe Muñoz.

Pero más vale Ferreira en mano que Muñoz volando.

Por temor á las explosiones, la autoridad ha vigilado escrupulosamente la venta de cirios durante la Semana Santa.

Sabida es la afición que demostraron otros años las gentes perversas por colocar petardos dentro de una vela de dos libras con el piadoso fin que puede suponerse.

Para evitar semejantes atentados, se dió la orden en algunas provincias de que no pudieran expendirse cirios más que en las iglesias, orden recibida con aplauso por los sacristanes que venden velas, y acogida con desesperación por los comerciantes que venden cera virgen ó viuda.

— Considere usted—decían estos, dirigiéndose al oficial primero del gobierno de provincia—que nuestros cirios no tienen trampa ni cartón; dígame usted al jefe que quisiéramos verle entre cuatro cirios de los nuestros...

—¿Cómo se entiende?

—Sólo para que viera que no había peligro alguno. Le juramos á usted que nuestra declaración es leal y sincera.

—¡Holá! ¿Con que sin cera? Ahí quería yo cogérselos á ustedes.

—Por Dios, hombre, no juzgue usted el vocablo en tan tristes circunstancias.

—Pues, nada, no hay más cera que la que arde.

—Si señor, ¿no ha de haber? tenemos los almancenos llenos.

—Quiero decir, que la orden es irrevocable.

—Pero hombre, ¿me quiere usted decir que entienden de velas ustedes, los conservadores?

—¿Cómo que nó? Señor hortera: tenga usted entendido que estamos en el candelero.

Y no han valido protestas, garantías ni seguridades.

A montones las daban los cereros, pero no ha habido tu tía.

—Señor,—decían—que nos compren los cirios á cata como los melones ó que vengan los dependientes del resguardo á meter el pincho por donde quieran.

Dícese que en una capital de provincia, una pareja de guardias, ardiendo en santo celo por la causa del orden social, fué al gobernador con una confidencia gravísima.

—Excmo. Sr.,—le dijeron:—en la trastienda de tal establecimiento, hemos visto que están confeccionando un cirio colosal, desproporcionado, que no puede ser para cosa buena.

—¡Báhl! Lo harán para ponerlo en el escape-rate.

—No hemos acabado, señor gobernador. Hemos observado que el dependiente manipulaba con cinco bolas sospechosas que, sin duda, trataba de introducir en el cirio monstruoso.

Ante tan tremendas acusaciones, salió á escape el gobernador de la provincia seguido por los delatores.

Llegan á la tienda anunciada, y...

—Mírelo V. E.—exclaman los guardias, descubriendo sobre el mostrador el cirio temible y los cinco boliches amenazadores.

—¿Qué es esto?—exclamó dando un paso atrás el jefe superior civil de la provincia.

Y el dueño de la tienda responde con cándida sencillez:

—¿Esto? El cirio pascual que hacemos todos los años para la parroquia.

LUIS ROYO VILLANOVA.

BALADA

—De la puerta de mi pecho
ha sonado el aldabón.

¿Quién es el que llama?

—La Fortuna soy.

—¡Nunca fui tu amigo!
¿Perdona, por Dios!

—Otro aldabazo á la puerta
me parece que sonó.

¿Quién eres?—La Gloria,
que sigue al Favor.

TRAS EL PECADO EL CASTIGO, por Escaler.

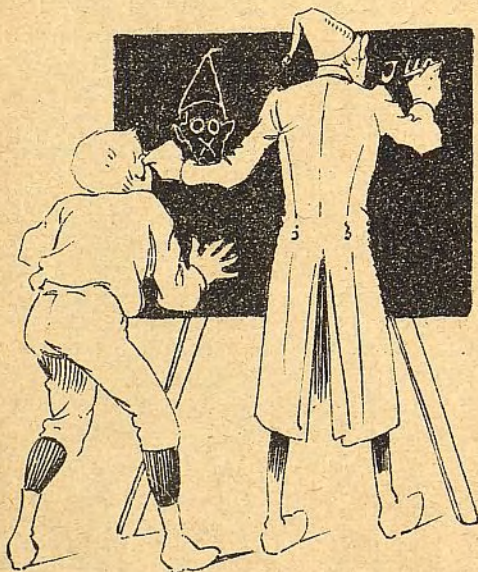
6 JUANITO Y SU MAESTRO



1



2



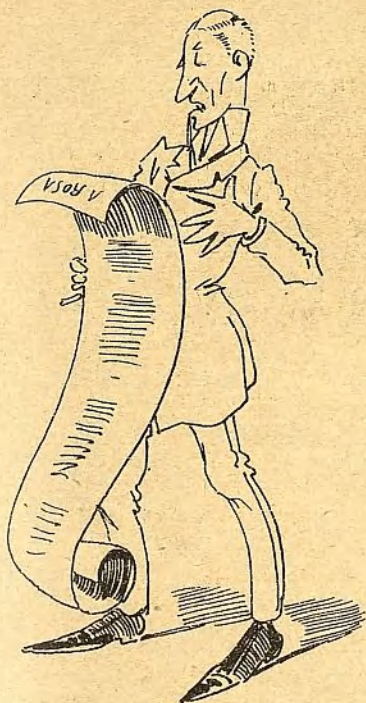
3



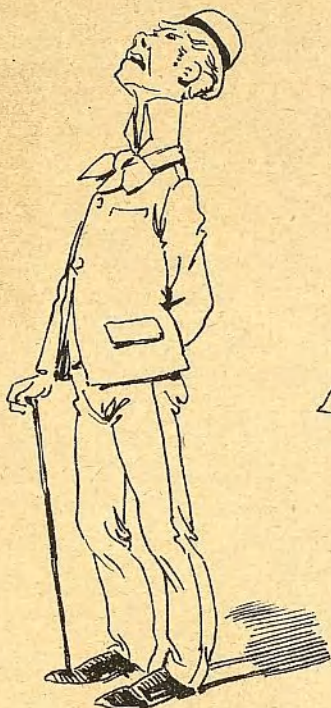
4

Escaler

COMO SE DECLARAN LOS HOMBRES, por Mecachis.



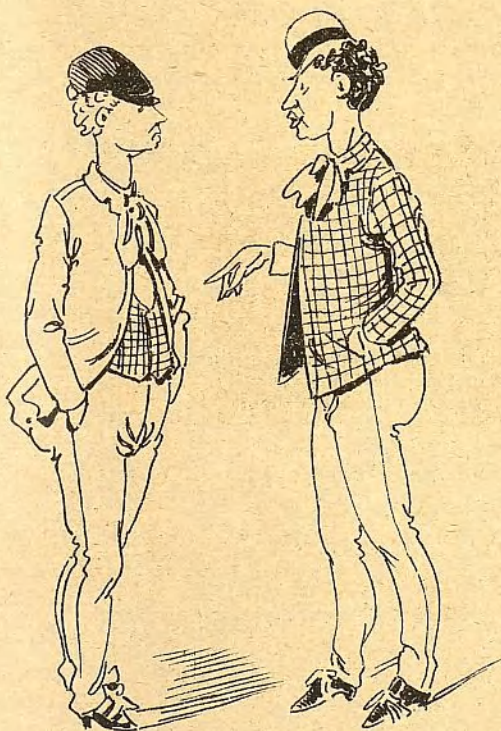
En verso.



Haciendo gárgaras.



En billete... de Banco.



En las astas del toro.

—No tengo en mi casa
lugar para dos.

—Otra vez... ¡Ehl no tan fuerte,
que me duele el corazón.
¿Quién llama?—La Envidia.
—¿No te has muerto?—No.
—Pues pasa de largo,

que en casa no estoy.

—Bien repica el condenado,
y bien levanta la voz.
—¿Quién va?—La Nobleza,
más limpia que el sol.
—Abuela, no turbe
la paz del mesón.

—Este que toca quedito
en cuidado me metió.
¿Quién es el viajero?
—Me llamo el Amor.
—¡Hijo de mi vida,
bendígate Dios!
¡Entra y nunca dejes
esta habitación!

MANUEL DEL PALACIO

CARTA DE UN SUICIDA Á SU NOVIA

Después de haberlo pensado
con detenimiento y pulso,
he resuelto, prenda mía,
morir pronto y á mi gusto.

Tan poca cosa es la vida,
que, sin andar en repulgos,
quiero marcharme á otra parte
con la música y el bulto;

pues entre penas y duelos
he pasado cinco lustros
que no valen dos ochavos
al pormenor ni por junto.

Nací, no porque quisiese,
sino porque á Dios le plugo,
en un rincón de Castilla,
á cuatro leguas de Burgos.

Fué mi padre un buen hidalgo
que hubiera podido mucho,
si el escudo de su casa
trajera á su casa escudos.

Mas vivió tan desdichado
y tan falto de recursos,
que en el lugar le llamaban
el caballero *Mendrugo*.

Yo no diré si el apodo
fue merecido ó injusto;

solo sí que muchas veces
nos sirvió de desayuno.

Así pasaron los días,
unos claros, otros turbios,
y cumplí catorce abriles,
mas estirado que un huso.

Huyendo del hambre entonces
dejé el paterno tugurio,
y en alas de mi deseo
á Madrid dirigí el rumbo.

¿Qué te diré que no sepas
de mis pesares y apuros?
Desnudo llegué á la corte
y en ella sigo desnudo.

Vi subir como la espuma
á los tontos y á los tunos,
por los sueldos la modestia,
por las nubes el orgullo.

Vi la verdad con andrajos
y la mentira con lujo;
en los corazones, cieno,
en la inteligencia, absurdos.

Vi premiada la virtud
con treinta ó cincuenta duros,
con pingües rentas al vicio,
y á los ingenios con humo.

Allí la pobre conciencia
es vil objeto de lucro,
y anda el honor tan tronado
que no le conoce el vulgo.
¡No quiero vivir, no quiero!
A la existencia renuncio.
Me marchó á ver lo que pasa
por los espacios cerúleos.

Ya me parece que estoy
pendiente del fuerte nudo,
con toda la lengua fuera,
haciendo burla del mundo.

Tan solo por tí lo siento,
aunque francamente, juzgo
que antes de cuatro semanas
se te habrá pasado el susto.

No faltará quien te quite
con la pesadumbre el luto
y te ofrezca un amor *vivo*
en cambio de otro *difunto*.

Quédate en paz, que en la cuerda
toda mi esperanza fundo.
Me voy á hacer bolatines.
Adios. Diviértete mucho.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

DOMINUS VOBISCUM

Llegó al altar: con rapidez y brío
subió las gradas, juvenil y hermoso,
aquel mancebo en cuyo rostro frío
todo era paz ó indiferente hastio,
todo era olvido triste y doloroso.
Ya descubierta la procax tonsura,
(yugo del hombre convertido en cosa)
dobló su cuerpo y de su boca pura
brotó el acento de letal tristura
que el alma exhala, de perdón ansiosa.

Chillaba el monaguillo;
lanzaba el peltre rutilante brillo
en los rayos y nubes del retablo
que entre sucias columnas ascendía,
y que por su mal gusto, parecía
obra de algun devoto del Diabolo.
Cuando ya las mascaradas oraciones
volver le permitieron la cabeza,
rugió, lanzando mudas maldiciones,
y miró al presbiterio con fiera....

¡Allí estaba la infame, la perjura,
con el esposo al lado,
absorta al parecer en la lectura
del librejo sobado!
Herido el rostro por infame azote,
volvióse hácia el altar el sacerdote....

El santo de madera
sus ojos de cristal que relumbraban
y su eterna sonrisa placentera
clavó en las velas de amarilla cera
que la santa capilla iluminaban;
y al levantar la vista el inocente,
presa de atroz marasmo,
creyó ver en el santo penitente
la traidora sonrisa del sarcasmo;
color de sangre en el brillar del cirio,
baldón, la voz del pueblo que le arrulla,
el altar, instrumento del martirio,
ropa de reo á muerte la casulla;
mientras la campanilla resonaba

vibrando triste por el templo inmenso
y el corazón del misero estallaba
y el lábio blasfemaba
ahogado entre las nubes del incienso!
Loco, temblando, respirando apenas,
contempló los manípulos sagrados,

¡sus bordadas cadenas!
y moribundo, terminó de prisa,
devorando aquel llanto sin consuelo....
dijo «*Deo gratias*», y mirando al cielo:
—¡Ya acabó el SACRIFICIO de la misa!

José M.^a DE LA TORRE

EL PRIMER CUENTO

—Pues, señor...

—¿Qué señor?

¡Ah! lo olvidaba: el rapaz había entrado en el estudio triunfalmente, caballero en largo bastón, y sin más armadura que una camisa cubriéndole á duras penas el ombligo; un casco de papel—periódicos, de fecha remota, en que congruos caracteres se leía *El Gran Napoleon*,—puntiagudo y arreglado, según las trazas, por su madre, engalanaba la cabeza, sujetándole en las sienes los cabellos rubios, atropellados en blandas sortijillas sobre la oreja y la nuca. En viéndome, echó el caballo, encaramóse por el espaldar del sillón, y agarrándoseme al cuello, se dejó caer blanda mente en mi regazo. Enseguida, mirándome de hito en hito, y como si se le saliese el alma curiosa por aquellos rasgados y negros ojos, balbuceó picarescamente:

—Mamá ha dicho que me *contes* un cuento.

—Pues, señor...

—¿Un señor que tiene los bigotes largos, como papá?

Ya se ve: á ustedes no les importa si papá es bigotudo ó lleva la cara limpia de pelo; pero ¡fie usted en la discreción de los chiquillos! Este es como todos: un diablo en figura de ángel, que aturde y enamora con sus juegos. Sus cuatro años talluditos le dan mucha gracia; pues si bién hace cabalmente tres que rompió á hablar, y charla por los codos, y dice muchas picardías, que debió enseñarle el diablo, su lengua parece prendida con alfileres y corta las palabras por el lugar más apropiado para excitar la risa y para que sepan á miel sabrosa...

—Pues, señor... ¡Un cuento! ¿Qué cuento pondré que tú lo entiendas? ¡Demonio de monicaco! ¿Sabes tú lo que es un cuento?

Podría jurar que el chiquillo no entendió: abriendo mucho los ojos y con cierta curiosidad maligna, obra del instinto, repitió tirándose de las solapas:

—¡Un cuento! ¡un cuento!

—Corriente: verás tú lo que le pasó á un muñeco revoltoso porque martirizaba á su padre.

—¡Un rey, un rey!—exclamó la criatura.

—Bueno, un rey.

—Un rey que tenía el *cabalo* blanco.

—Blanco, ciéln; pero ¿vas tú á contar el cuento?

—*Conta, conta*.—Y esto lo decía el rapaz pal-moteando de gusto.

—Pues, señor: era un rey que tenía el caballo blanco...

Nueva interrupción: púsose de un brinco en pie la criatura, y abrazándose otra vez á mi cuello, y como si me fuera á sorber con la mirada:

—¿Qué es un rey?—preguntó.

—A ese paso, pronto sabrás lo que le sucedió al revoltoso... Pues, un rey es un señor...

—¿Como tú?

¡Y vaya usted á decirle lo que es un monarca á un niño de cuatro años!

—Un rey es como un general mayor, que manda en todos los generales...

—¡Ah!

Ya satisfecho, el preguntón volvió á tomar cómoda postura en mis rodillas.

—Pues, señor: era un rey que tenía el caballo blanco...

—Sí, y era como un gigante.

—Eso es, muy alto.

—Y tenía un bigote así... así...

Y extendía los bracitos para explicar la extensión del mostacho, que á él se le antojaba, por lo visto, como el de Barbarroja. ¡Pero esta criatura no sueña más que con bigotes!

—Ni más ni menos, gloria. Tenía un caballo...

—Que corría, corría *pol* las montañas...

—Hombre no; por las montañas no corren caballos...

—El *cabalo* del rey—observó sentenciosamente.

—Sin duda: corría por los montes...

—¿Y el rey *tamién* corría?

—El rey iba á caballo... Pues, señor...

¡Oh, qué desgracia!

Y preguntará usted: ¿se depeñó la regia cabalgadura? Peor, mucho peor: no puedo seguir el cuento, y quedome sin explicar lo que aconteció al muñeco revoltoso porque martirizaba á su padre. Mi gloria, mi ciéln, se me ha dormido en los brazos, y apostaría que sueña en qué para aquel rey que galopa á *cabalo* por las montañas azules de su endeble imaginación...

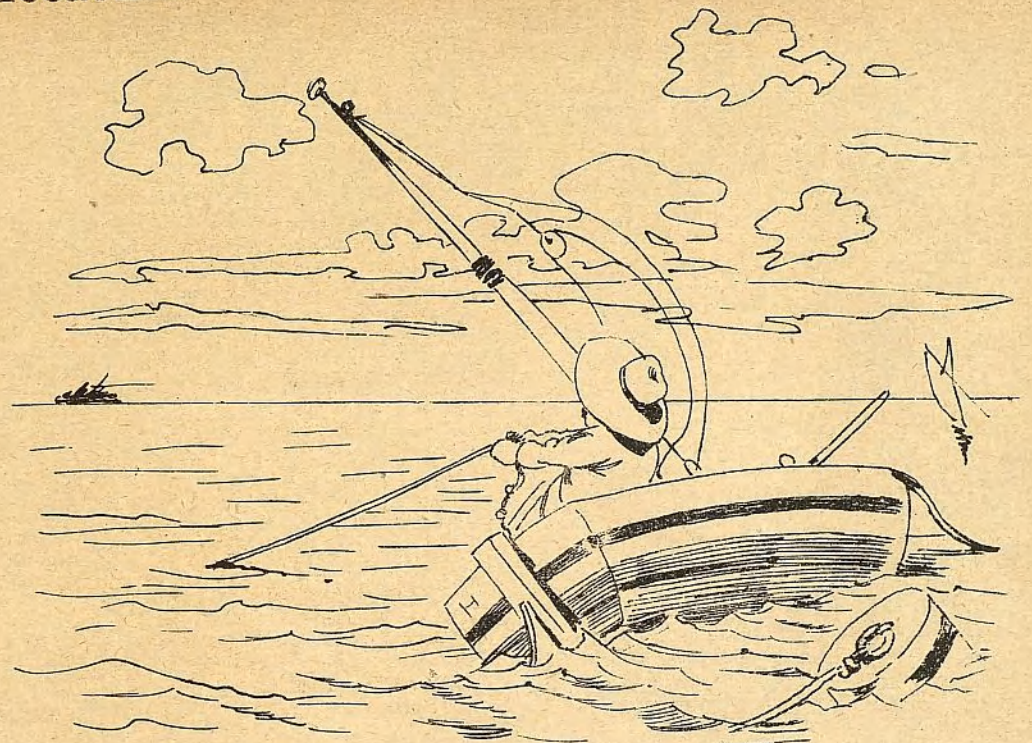
J. FERNANDEZ LUJÁN.

11 Abril, 1892.

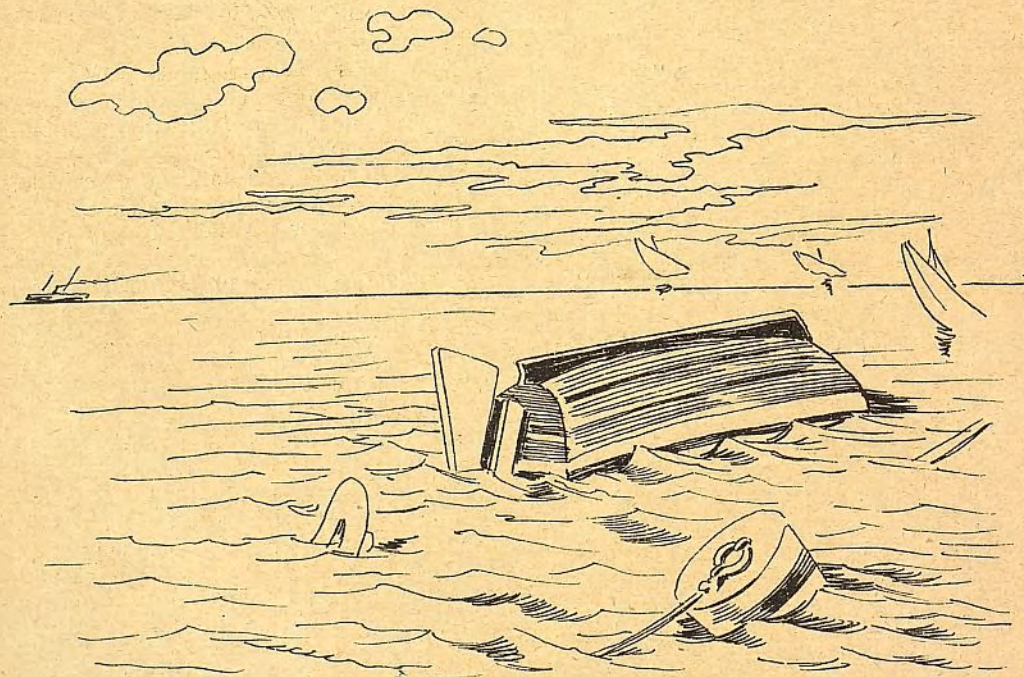
LA SEMANA COMICA
IR POR LANA por Mecachis.



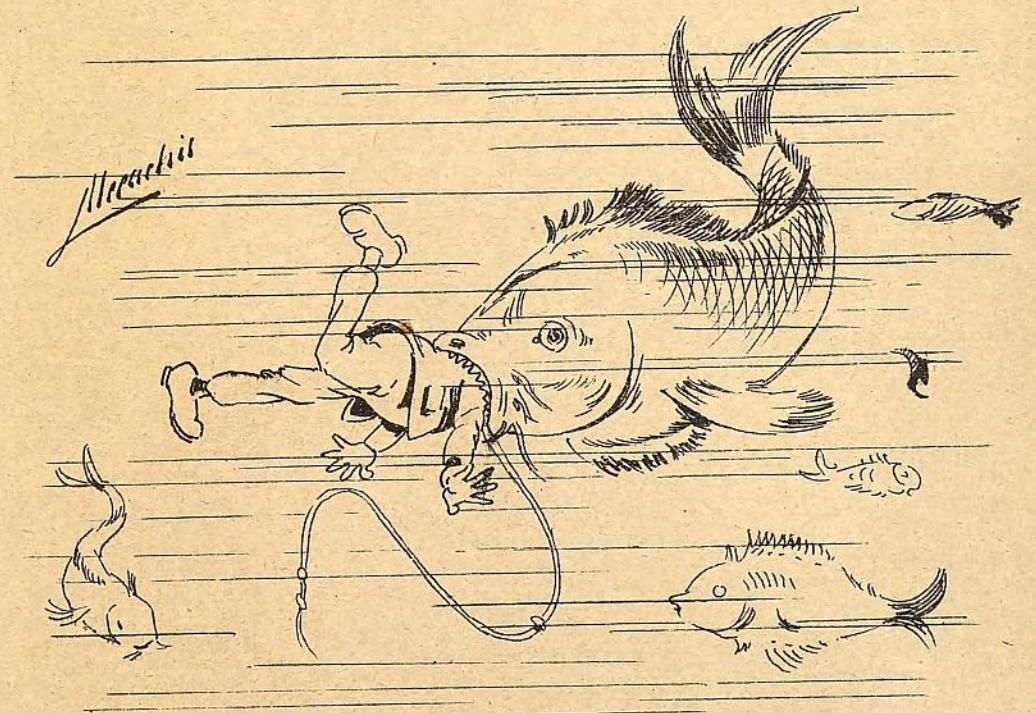
—¡Este es mío!



—¡Y como tira el condenado!



Pero lo pesco, vaya si lo pesco!



Y efectivamente.....

EL REVERSO DEL CENTENARIO (1)

¿Y del olvido saca el fanatismo
á un pobre joven, y su nombre aclama,
y ensalza hasta las nubes su heroísmo?
¡Porque al cielo voló, grande le llaman!
Música celestial que ya no suena
en la trompeta de la culta fama.

Ya de la gloria se mudó la escena,
ya no habita en los claustros de un convento
ni del combate en la sangrienta arena,
ni ya la fama con sonoro acento
de las cenizas de la tumba evoca
prodigios de virtud ó de talento.

Vedla cual bulle, y la trompeta toca,
como el clown que del circo en los umbrales,
á la función de títeres convoca.

¡Atención! El billete dos reales.
¿Quién por media peseta no vé entera,
la colección de genios inmortales?

Otro redoble. El público ya espera
que abra la puerta del toril la fama,
y saque á plaza la primera fiera.

¡El modelo de jóvenes! exclama
la fama-clown, y en todos los rincones
del *patchouli* el perfume se derrama;

y, delicada flor de los salones,
dando un perfil de la corbata al nudo,
se exhibe un maniquí con pantalones.

¡Un maniquí! Por cierto que no es mudo;
habla de toros, del *sport*, del *cante*
que *fondo* llaman en flamenco rudo.

¿Quién tiene para el vals tan recio aguante?
Allí, su gracia sin igual descuella,
y la palma alcanzó por lo danzante.

¿Tiene un lance de honor? No le hace meila;
sale al campo, forrado de heroísmo
que en el fondo encontró de una botella.

¡Eso sí! El desconoce el Catecismo,
pero en los libros de Daudet y Zola,
estudió al mundo y se estudió á sí mismo.

¿La virtud? Es mentida su aureola.
¿Hombres de probidad? ¿Esposas fieles?
¡Qué tonto traga semejante «bola»!

No le engañan tan raros oropeles.

¿Y no ha de ser su comprensión ligera,
si gasta en vez de sesos, cascabeles?

Y al que así da comienzo á su carrera,
si no desciende al fin, viniendo á menos,
¡oh, pobre porvenir el que le espera!

Resuenan los aplausos como truenos,
y enloquecida de placer la fama,
saca otros tipos buenos, «pero buenos.»

«¡El vencedor en cien combates!» clama
cogiendo á un novillero de la mano,
y de placer la concurrencia brama.

Aquel héroe admirable, soberano,
un golletazo da matando á un toro,
¡último resto del valor hispano!

«¡Señores!»—con acento más sonoro
grita la fama.—«¡El rey de la elocuencia!»
y en una jaula les enseña un loro.

Plumaje de fantástica apariencia,
férreo pulmón, enredador, parlero,
pero al fin loro, sin virtud ni ciencia.

«¡El novelista á quien el mundo entero
honores rinde!»... Y con farol y gancho
saluda al culto público, un traperero...

Traperero de las letras, que tan ancho
se queda, si recoje en muladares
cieno que arroja, sin decir: ¡que manchol!

¿A qué, pues, recurrir á los altares,
un siglo en grandes hombres tan fecundo,
que en cada esquina brotan á millares?

¡Idolos que formó de lodo inmundo
la vocinglera fama, ese payaso
que pregoná á los títeres del mundo!

¿Y el pobre vulgo, de criterio escaso,
ciego ante ese fantasma de grandeza
se postra de esos títeres al paso?

¿V sufres ¡oh, verdad! tanta vileza?
Látigo empuña, sin piedad fustiga,
y títere no dejes con cabeza.

Al pueblo que le niega, Dios castiga
y sus dioses le da de frágil barro,
y al que se aparta de su ley le liga
d: algún tirano al ominoso carro.

EL P. LUIS COLOMA

CONTRASTES

HISTORIETA VULGARÍSIMA

A Clarín.

PRIMERA PARTE

JUAN Y PEDRO

I

Juan es un honrado obrero
que, si el tiempo no anda mal,
gana un mísero jornal
trabajando el día entero.

Sus hijos y su mujer
son su amor y su alegría;

y cuando acabado el día
puede á su lado volver,
¡con qué orgullo les da el pobre,
mirándolos conmovido,
el sudor que ha convertido
en un puñado de cobrel!

Contento con su fortuna,
por los suyos rodeado,
las monedas que ha llevado
va sonando una por una

y, con indecible afán,
el eco escuchando queda,
como si cada moneda
dijera al sonarla: «¡pan!»

En un andamio subido,
á una elevación que espanta,
Juan trabaja, y ríe y canta,
dando penas al olvido.

¿Dije *andamio*? ¡Por mi vida
que hay nombres mal empleados!

(1) Esta composición del famoso autor de *Pequeñeces*, fué leída en una sesión celebrada por la Academia Científico-Literaria que sostiene en Sevilla la Congregación de San Luis Gonzaga.

En dos tabloncillos atados
por una cuerda podrida;
pues todo lo necesario
para amparar al obrero,
lo *economizó* el casero,
santurrón y millonario.

Contra el peligro indefenso,
trabaja y feliz se llama:
es un ave en una rama
construyendo un nido inmenso.

Pero... ¡el eterno final!
Un tropezón ó un vahído;
un grito, un golpe, un gemido...
y un hombre hacía el hospital.

¡Faltó el jornal!... Juan quedó
inútil y estropeado.

¡Para ser más desdichado
ni aun la muerte le atendió!

Previendo las fieras luchas
de su horrible porvenir,
quiso de una vez morir,
para no morir de muchas;
mas ¡ay! el rico, el feliz
se guardan y se previenen,
y siempre la muerte tienen
junto acechando un desliz;
pero el pobre, el que padece
y el que la vida detesta,
la llaman... y no contesta,
la buscan... y no parece.

Creyérase, al verla rehacia,
que, á pesar de su fiera,
la repugna la pobreza
y la espanta la desgracia.

El pobre hogar sin sostén
pronto se vió arruinado;
pero, de Juan apiadado,
le aconsejó no sé quién,
que una atenta petición
hiciera, en forma oportuna,

al presidente de una
benéfica asociación;
hombre rico, humanitario,
religioso y ejemplar,
y que—para no cansar—
era el mismo propietario.

Hízolo Juan; transcurrieron
siglos de eterna agonía,
hasta que por fin, un día,
un golpe en la puerta dieron.

Resonó en su pecho el són.
Era—¡presagio de bien!—
que la esperanza también
llamaba en su corazón.

Sonó otro golpe, que enfado
de impaciencia demostró:
la mujer de Juan abrió
y el pobre Juan, olvidado
de sus angustias crueles,
miró entrar, con paso incierto,
á un grave señor cubierto
por rico gabán de pieles.

Su entrada tan descada
produjo un extraño efecto...
Causaba terror su aspecto,
daba frío su mirada.

Juan sintió pena cruel;
su mujer miró llorando;
y sus dos hijos, temblando,
se escondieron detrás de él.

Si hubiera un pintor podido
ver aquel cuadro y copiarlo,
tendría que titularlo:

Un zorro entrando en un nido,

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Andamos mal?
dijo con altanería
y con voz aguda y fría
como la hoja de un puñal.

—¡Es claro! ¡La historia eternal
En vez de economizar,

van el jornal á gastar
en el juego y la taberna...
y de la broma y jarana
ahí tienen la recompensa...
Esta gente nunca piensa
en el día de mañana.

No ven las alternativas.
Cuando hay monedas, que corran;
y luego... que nos socorran
las almas caritativas.

Pero, en fin... su insensatez
no impedirá que las haya.
¡Eal No apurarse... Vaya...
Un duro... por una vez.

Reinó un silencio profundo;
torció el buen señor el gesto,
y murmuró al fin molesto:
—Haga usted bien en el mundo
y pase usted malos ratos,
y suba usted esa escalera...
Ni dan las gracias siquiera...

¡Los pobres son siempre ingratos!

Envolvióse en su gabán,
gruñó luego... no sé qué;
y cuando la puerta fué
á abrir la mujer de Juan,

mirando con estupor
su belleza singular,
que no pudieron borrar
la miseria y el dolor,
dijo para su solapa,
deteniéndose un momento,
como el cura de aquel cuento:

—¡Lo que es como guapa, es guapal

Y á un mendigo enfermo, inerte,
está unida en matrimonio...
¡Estos pobres del demonio
tienen todos una suertel...

URBANO CORTÉS

LA VENGANZA

A doña Jacoba se la conocía en el barrio con
el nombre de la «Madre de los perros».

Tenía siete, y aun así estaba deseando que
simpatizasen entre sí aquellos animalitos para
que hubiese multiplicaciones.

Frente por frente de la casa de doña Jacoba,
admitía huéspedes con asistencia ó sin ella, la
viuda de un sastre que lo había perdido todo
por la mala cabeza de su difunto: el cual difun-
to, que era muy religioso, había dejado que en-
tre curas y sacristanes se le comieran todas las
ropas hechas y las que estaban por hacer.

Cuando murió el sastre, doña Agapita su es-
posa se encontró con que no tenía más que lo
puesto, y reuniendo los pocos muebles que le
quedaban, mandó poner en *La Correspondencia*
el siguiente anuncio:

«Una señora que ha estado en buena posición
admite un caballero estable.»

Primero se le presentó un capellán de regi-
miento; pero se retiraba á las mil y quinientas

de la noche, y no siempre en su cabal juicio, y
doña Agapita se vió en la necesidad de despe-
dirle. Después tuvo un comisionista catalán, que
se pasaba la vida recibiendo cajas y destapán-
dolas con estrépito, y también le echó más que
á paso; últimamente, y por recomendación de
una amiga que había estado con doña Agapita
en un convento de monjas cuando ambas eran
niñas, recibió en su casa á dos estudiantes que
entraban á fuego y sangre por las noches en la
despensa, y se pasaban el día tocando la guita-
rra y recibiendo recados de la amiga de doña
Agapita.

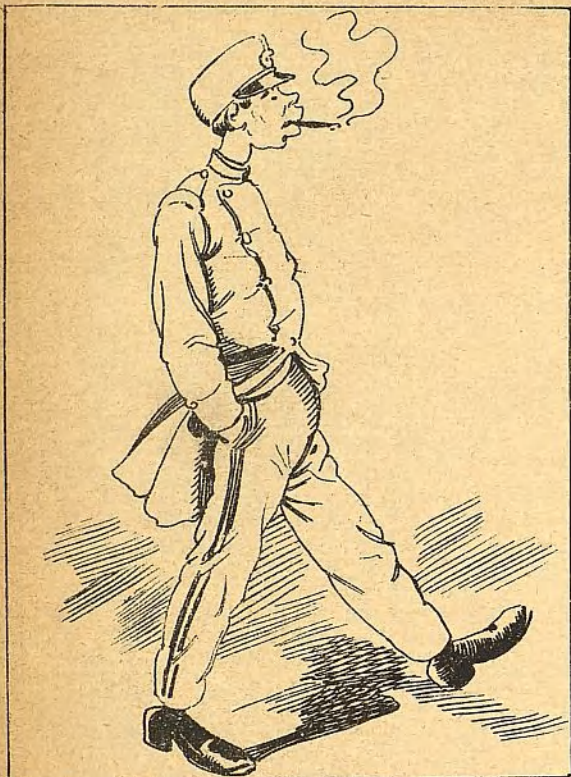
Enojada ésta, un día se atrevió á decirles:

—Pero ¿qué clase de relaciones tienen uste-
des con mi compañera de convento?

—Señora—contestó trágicamente uno de los
estudiantes,—ambos la amamos.

—¡Horror!—exclamó doña Agapita, y puso á
los dos seductores de patitas en la calle.

Cansada de cambiar el personal, doña Aga-



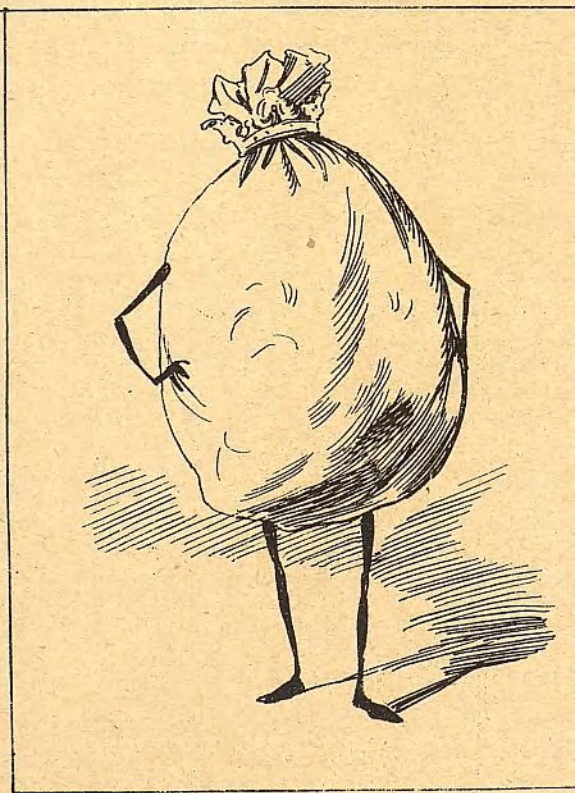
El de la Liboria, tres chicas que sirven,
la Pepa y la Inés pa servir á V.



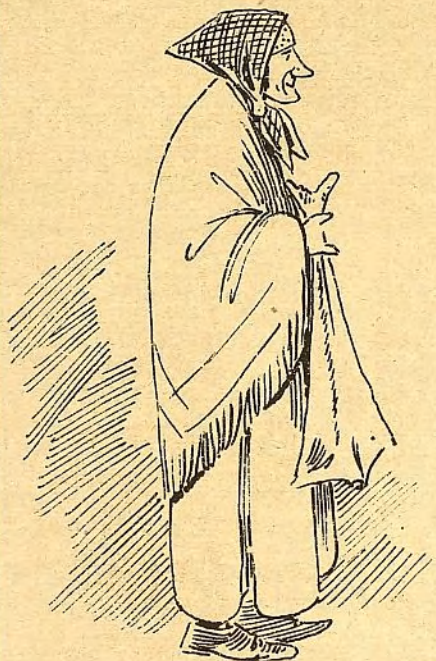
El que trae guillás y entontecidas
á las chicas que van á las corridas.



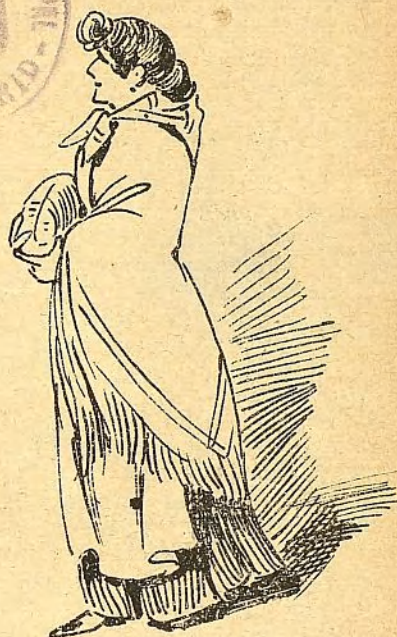
El que vuelve locas
con su garbo y gracia
á las señoritas
de la aristocracia.



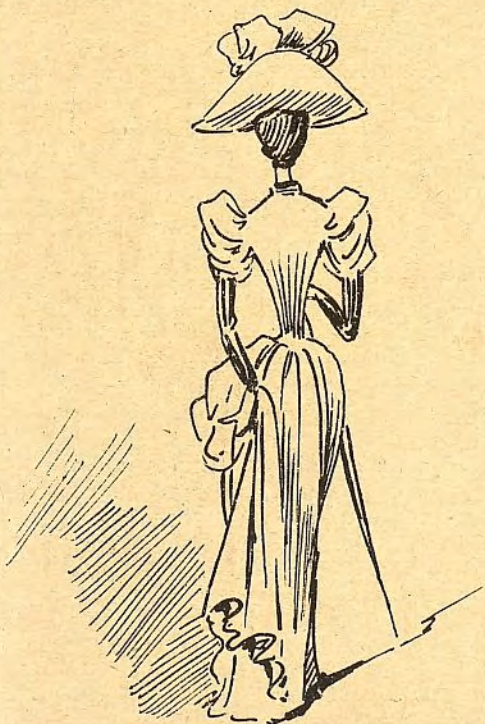
El Tenorio universal
(de apunte del natural)



El bacalao.



La carne fresca.



La sardina.



El embutido.

pita halló al fin la dicha que apetecía. Para el gabinete le había salido un magistrado cesante, solterón, grave, de costumbres austeras y de fácil alimentación. La sala la había alquilado á un personaje: un barón italiano que había pasado muchos años en China, según aseguraba, dedicado al cultivo del té y á la limpieza de guantes sin olor. Cuando se presentó en casa de doña Agapita, le dijo con acento marcadamente extranjero:

—Sólo necesito una sala elegante. Comeré en el *restaurant*.

—El precio del alquiler...

—Yo no pregunto nunca los precios. Pago, y nada más.

Pero hacía dos meses que el barón ocupaba la sala, y no había dado un solo real á doña Agapita.

—¡Bah!—decía ella.—Tengo el dinero seguro. ¡Un barón!...

El italiano se pasaba el día asomado al balcón, contemplando á la «Madre de los perros», y doña Agapita comenzó á extremecerse involuntariamente.

Un día le dijo el barón:

—Doña Agapita, yo estoy enamorado.

—Lo sé—contestó la viuda.—Hace días no se separa usted de esos cristales. Y al decir esto, ahogó un suspiro.

—Pues bien, la vecina de enfrente ha abierto en mi corazón una profunda herida.

—Ha de saber usted, señor barón, que me lleva lo menos cinco años.

—¿Y qué?

—Nada: que ya es machucha... La conocí cuando vivía su esposo. ¡Pobrecillo! Le mató de un disgusto. Ella adora los perros: una noche su esposo fué á meterse en la cama, y vió que uno de los perros se estaba bebiendo el aceite de la lamparilla, y cogiéndole por una pata, lo tiró contra un baul. El perro dió un grito; la esposa, herida en lo más profundo, dió otro grito y clavó en la garganta de su esposo las uñas. Pocos días después él dejaba de existir. ¡Era un buen mozo... y rico!

—¿Rico?—exclamó el barón abriendo mucho los ojos.

Doña Jacoba, la vecina de enfrente, comenzaba á dirigir miradas amantes al barón.

Un día, éste le escribió una carta que decía así:

«Señora: cuanto soy y cuanto valgo es suyo. Soy soltero, usted viuda: ¿por qué no nos unimos para siempre?»

Doña Jacoba contestó al barón en los siguientes términos:

«Caballero: no han pasado inadvertidas sus miradas. Lo pensaré: amo demasiado á mis perros para darles un padrastro; pero, en fin, si tiene usted buena índole, todo puede arreglarse.»

El barón se presentó en casa de doña Jacoba.

Ella quiso indignarse; pero no pudo... ¡Le amaba!

Lo primero que hizo el italiano fué coger en sus brazos al perro más feo de la familia, y darle cinco ó seis besos.

Doña Jacoba, ante esta prueba de cariño, lloró de júbilo, y se declaró prisionera de amor.

Entretanto, doña Agapita, de pie detrás de los visillos, veía al italiano en casa de la viuda, y rabiaba de celos aparte, porque doña Agapita ¡infelice! también amaba al barón.

* *

El italiano hacía frecuentes viajes á la cocina de la casa de huéspedes. De cuando en cuando, levantaba las coberteras de los pucheros y olfateaba.

—¡Cualquiera diría que tiene hambre!—pensaba la cocinera de doña Agapita.

Una tarde doña Jacoba dijo al barón:

—Humberto mío, voy á darte una prueba de amor. ¡Toma!

Y sacó de entre los pliegues del pañuelo un perrillo.

—Cuando yo me desprendo de una de estas prendas queridas sin exhalar una queja, debes comprender cuán grande será mi amor hacia ti.

El barón miró al perrillo con éxtasis: después pretextó una indisposición ligera, y se fué á su casa.

Entró en la habitación con el perro escondido debajo del gabán, y cerró la puerta tras de sí; pero doña Agapita, que le había visto entrar, aplicó el ojo á la cerradura.

Lo que vió doña Agapita, no lo sabemos; pero la contracción de su semblante revelaba que algo extraordinario ocurría en la habitación del huésped.

Momentos después, éste decía á la criada de doña Agapita:

—Hoy como en casa. Un amigo me ha regalado un conejo cazado por él, y quiero que usted me lo guise.

Y presentó á la cocinera el conejo ya desollado: ella lo miró, y no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¡Qué conejo tan raro!—dijo para sí.

Doña Agapita meditaba una horrible venganza; á solas en su cuarto escribía las siguientes líneas:

«Señora: si quiere usted convencerse de la traición de su amante, venga usted á esta casa dentro de una hora.»

Después cerró la carta, y se la envió á doña Jacoba.

* *

Cuando el barón había comido medio conejo, doña Jacoba penetraba en el comedor, seguida de doña Agapita.

—Mírelo usted bien—gritó ésta:—está comiendo, ¿verdad?

—Sí—contestó doña Jacoba, sin comprender el alcance de aquellas palabras.

—¿Sabe usted lo que come?

—No...

—¡El perro que le ha regalado usted esta tardel

Doña Jacoba se cubrió el rostro con las manos...

El titulado barón era un cesante de Fomento, á quien la escasez de recursos había conducido al extremo de comer todo lo que se le presentaba.

LUIS TABOADA

CHIRIGOTAS

Va de juego (de juego... de ingenio ¡claro!):

: hay que me causan

¡ y me asombran:

que aquí los..... funcionen

y tú de los.....

Y... á propósito de juegos.

¿A cómo andamos de *eso* en Barcelona?

Porque, según informes, se juega aquí á la descarada. Y no es eso lo triste, con serlo mucho, sino que la prensa diaria lo tolere y lo pase en silencio.

¿Es que la misión de Vds. ¡oh, colegas! no es la de denunciar vicios y corregir abusos?

¿O es que..?

—He estado muy malita.

—¿Y qué has tenido?

—Pues no lo sé siquiera.

—¡Pobrecita!

Yo si lo sé, por eso preguntaba que si habías tenido chico ó chica.

¿Cuál es el escritor de más vuelos de España?—Alas.

¿Y el más oloroso?—Ramos.

¿Y el que más gira?—Rueda.

¿Y uno que no canta?—Cantó.

¿Cuál es el autor de más vida?—Vital.

¿Y el de menos pelo?—Calvo.

¿Y el de cabeza más blanca?—Cano.

¿Y el más belicoso?—Guerrero.

Y... nada más.

S. q...r.s q.. t.l. d.g.,

c.nt.nd. t.l. d.r.

.n B.rc.l.n. s. j.g.

y h.y q...n h.s.b. m.y b.n.

No, señor director de *El Mundo Femenino*: no es de que haya Vd. reproducido composiciones de LA SEMANA CÓMICA, de lo que yo me he quejado.

Lo que he censurado y censuro y censuraré siempre, es que haya Vd. copiado trabajos publicados en LA SEMANA suprimiéndoles ó alterándoles la firma.

Esto es lo que está mal hecho, y esto lo que no tiene defensa posible; porque borrar ó cambiar el nombre

que figura al pie de una composición, equivale á despojar violentamente al autor de ella, de su propiedad.

Y eso ¡no sé por qué! se me antoja que ni Vd. ni nadie está autorizado á hacerlo.

¡Siquiera por respeto al séptimo mandamiento señor director de *El Mundo Femenino*!

Pepe, aprovechando un día

cierta feliz coyuntura,

dió un salto á su futura

de esos en que no hay tu tía.

Y ella, atenta á su recato,

por ahuyentar al maldito,

decía:—¡Pepe, que grito!

Y luego:—Pepe, que grato!

El Heraldo, echando cuentas:

«En el balance del Banco, correspondiente al sábado 2 de Abril, se leía:

Oro, pesetas céntimos: 181.350.167.09.

Es decir, ciento ochenta y un millones trescientas cincuenta mil ciento sesenta y siete pesetas... y nueve céntimos.

—¿Nueve céntimos en oro?—preguntarán ustedes.

—Sí; nueve céntimos en oro.

—En qué moneda?

—No lo sabemos. Porque aún cuando las hay de veintitún reales y cuartillo, con todo, no hemos podido encontrar ninguna combinación que nos dé *nuave céntimos*»

A lo cual añade con mucha *sombra El Liberal*:

«Bien, sí; pero conviene advertir que eso de los nueve céntimos en oro se refiere al balance del 2 de Abril.

Pero en el de ayer ya no había nueve céntimos.

Si no treinta y ocho.

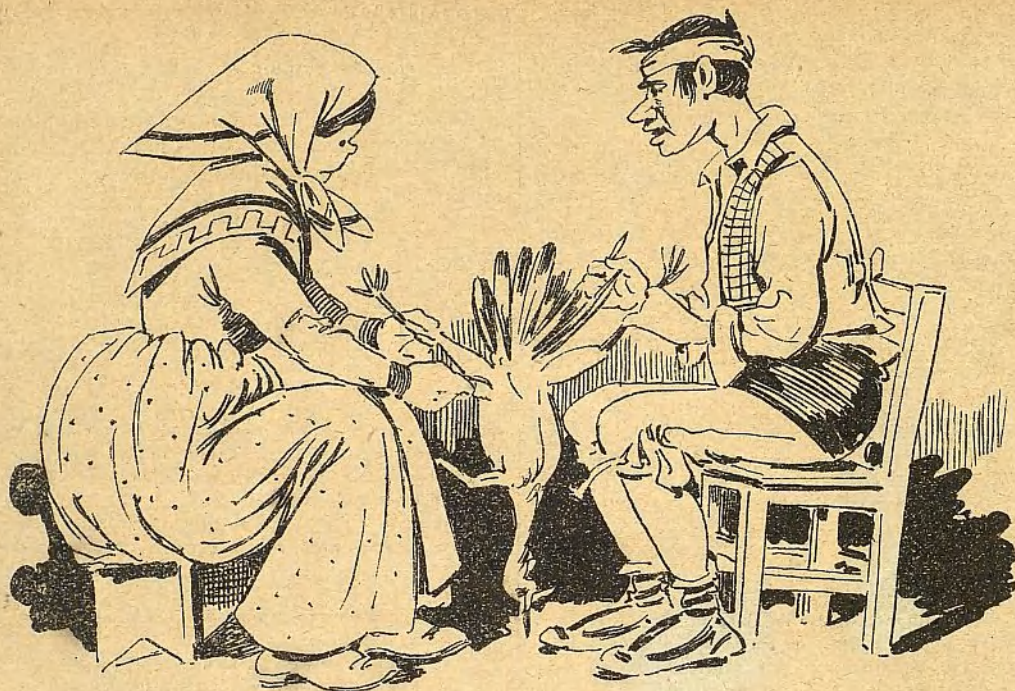
Verdad que tampoco sabemos que haya ninguna moneda de oro de ese valor.

Pero, vamos á ver, ¿conocemos nosotros todas las monedas de oro que hay en el mundo?

¡Puede que esa de 38 céntimos la trajera Stanley del centro de Africa!»

OBRAS RECIBIDAS.—*¿M caso?* y *L' home de la dida*, monólogos de Escaler, estrenados el primero en Romea y el segundo en Eldorado, con éxito inmejorable. Precio de cada uno: 1 real.

Lo día del judici, juguete en un acto y en verso, original de D. Anton Saltiveri. Precio: 1 real.



Pelar la pava.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5 »

— NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS

NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO —

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

UNICA ENCARGADA

de la venta y expendición de

» LA SEMANA CÓMICA «
en Bilbao.

D.ª TERESA IRLA

KIOSCO DE LA PLAZA NUEVA

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA

Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero, ilustrado por Cilla, Escaler, Pons y Mecachis.

PRECIO: 2 REALES TOMO